

Capítulo 266

A Alon le surgieron innumerables interrogantes en la cabeza.

Naturalmente, era por la palabra que Yuman acababa de decir.

¿Santo oculto...? ¿Qué es un santo oculto?

En primer lugar, Alon no sabía qué era un santo oculto.

Y no tenía ni idea de por qué Yuman lo llamaba así.

Lo cual tenía sentido.

Porque el término «santo oculto» ni siquiera se mencionaba en Psychedelia.

Lo mejor que podía suponer era que,

dado que la palabra «santo» estaba incluida, debía de ser algo similar a un santo.

Miró en silencio a Yuman.

Todavía había una fuerte sensación de fe en los ojos del hombre.

«Pensé que debía de estar muy equivocado, pero...».



Ya se lo esperaba.

No era la primera vez que ocurría algo así, y ya había intentado aclarar el malentendido anteriormente....

Aunque fracasó porque Yuman mostraba una actitud de «sí, sí, ya lo sé todo».

Aun así, no esperaba que ese malentendido hubiera continuado hasta ahora.

«Por eso ha sido tan amable conmigo todo este tiempo. »

Solo entonces Alon se dio cuenta de la razón por la que Yuman lo había tratado con tanta amabilidad, incluso llamándolo «hermano».

Y comenzó a preguntarse qué debía hacer al respecto.

Aunque, en realidad, no era algo por lo que preocuparse.

Había recibido bastante ayuda de Yuman, pero ahora que se había dado cuenta de que el hombre estaba equivocado, no podía simplemente ignorarlo.

Podría haber seguido el juego y continuar recibiendo amabilidad, pero Alon se sentía incómodo en ese tipo de situaciones.

Así que, después de aclararse la garganta con calma, Alon dijo:

—Santo.



—Habla, hermano.

—Lo siento, pero no soy el Santo Oculto al que te refieres.

Lo dijo con cierta firmeza.

—¿Perdón?

El rostro de Yuman se quedó en blanco por un momento.

No era que Alon tuviera la intención de engañarlo, pero al ver esa reacción, sintió una opresión en el pecho por la culpa.

—Lo digo literalmente, Santo. No sé qué parte de mí te llevó a esa conclusión, pero no soy el tipo de persona que crees que soy.

Una vez más, lo dejó claro.

Y declaró concisamente que no era el Santo Oculto.

Tras terminar su declaración, Alon apartó la mirada con torpeza....

Porque la situación era increíblemente incómoda.

¿Cuánto tiempo pasó?

—Ya veo...

Yuman, que había estado mirando en silencio a Alon, asintió con la cabeza como si lo entendiera.

—Lo siento.

—¿Disculpa...?

—Fui demasiado descuidado.

«¿Es así?».

Yuman reconoció su malentendido sin mucha agitación, casi con elegancia.

Alon estaba un poco confundido, pero internamente soltó un suspiro de alivio.

«Como era de esperar de un santo, no culpa a los demás por su propio malentendido».

La mayoría de las personas, cuando se dan cuenta de que han malinterpretado algo, se enojan o crean una atmósfera incómoda.

Alon, impresionado de que este no fuera el caso, pensó:

«En efecto, yo tuve la culpa. Incluso en una emergencia, no debería haberte dicho que rompieras el voto con la Diosa».

«¿?»



Las siguientes palabras del santo hicieron que Alon se diera cuenta de que algo iba mal.

«Te pido perdón. Debido a mis sentimientos personales, me expresé mal y te dije que abandonaras el voto que has mantenido todo este tiempo. Ese fue mi error».

Yuman inclinó la cabeza cortésmente.

Alon, aturdido, lo ayudó a levantarse rápidamente.

«... No, hermano. Por favor, levanta la cabeza».

«Gracias por tu consideración».

Tenía que aclarar el malentendido de alguna manera, así que repitió la verdad.

«Más importante aún, como he estado diciendo, no soy el Santo Oculto que crees que soy».

«Sí, por supuesto».

«¿Santo?».

«Sí».

«No soy el Santo Oculto».

«Lo sé. He sido descuidado».

Yuman solo sonrió y dijo que lo entendía, y Alon sintió una extraña sensación de déjà vu.

«Esto me resulta... inquietantemente familiar... ¿no?»

Como si estuviera diciendo: «Ah, culpa mía, ¿eso era solo tu escenario? Lo siento, te protegeré de todos modos...».

«Ah».

Alon se dio cuenta.

Era exactamente igual que con Magrina.

Pensar en ella hizo que Alon suspirara.

«Hermano. Pero aún así, ¿podrías al menos reunirte con esa persona solo una vez?».

Con un malentendido que no daba señales de aclararse.....

Está bien.

Asintió en silencio.



Al día siguiente de terminar esa conversación.

Alon se dirigió al lugar donde se encontraba la Cámara del Espíritu Santo, con el fin de cumplir la petición de Yuman.

«¡Ah! Aquí estás, hermano».

«Sí, Santa. Pero ¿quiénes son estas personas?».

Ya había algunas personas reunidas cerca de la cámara.

—Son los cardenales de Rosario.

—¿Ah, sí?

—Sí. Parece que desean confirmar personalmente que entras en la sala.

Alon miró a los cinco cardenales.

Al ver sus expresiones uniformemente hostiles, Alon se dio cuenta de dos cosas.

Primero, que no era precisamente un invitado bienvenido.

Se quedó momentáneamente desconcertado, pero rápidamente adivinó el motivo.

«¿Es por los rumores?».



Aparte de Yuman, que lo confundió con el Santo Oculto, los rumores actuales etiquetaban a Alon como el receptor del rayo, el apóstol de Kalannon o incluso un dios.

En otras palabras, desde la perspectiva de los cardenales, no era diferente a que un dios herético entrara en su lugar más sagrado.

Sus expresiones estaban, quizás, justificadas.

Y la otra cosa de la que se dio cuenta fue.....

Estos cardenales... ¿no son los rostros que recuerdo?

Los rostros de los cardenales de Rosario le resultaban desconocidos.

En Psychedelia, los cardenales corruptos de Rosario aparecen como antagonistas del protagonista.

Por eso Alon conocía la mayoría de sus rostros.

«Entonces, no debe haber pasado nada particularmente malo en Rosario».

Alon simplemente se sintió aliviado de que Rosario pareciera estar aclarándose.

El simple hecho de ver cómo se mostraban recelosos con él lo demostraba.



Aunque estas personas también fueran corruptas, sin duda eran mejores que los cardenales originales.

Mientras Alon mantenía un enfrentamiento —que no era realmente un enfrentamiento— con los cardenales, «Llegáis un poco tarde».

«Así es».

La puerta se abrió y Yutia y Sergius entraron.

Los dos se mezclaron entre los cardenales.

—Entonces se lo dejo a ustedes.

Yuman abrió la puerta como si hubiera estado esperando.

Una rara expresión de descontento apareció en el rostro de Alon.

Con todos estos cardenales reunidos aquí...

Si no pasaba nada cuando entrara en la Cámara del Espíritu Santo, sería increíblemente incómodo.

«La última vez respondió cuando utilicé la magia primero, así que lo volveré a intentar».

Alon movió los pies a regañadientes y el interior de la sala que había visto años atrás apareció ante sus ojos.



Una sala construida con mármol blanco puro, como si no se tolerara ni una mota de polvo.

En el centro se erigía una enorme estatua de la diosa Sironia.

Al acercarse, Alon carraspeó y, al igual que antes, dijo:

—Percibe.

Lanzó un hechizo utilizando la palabra clave.

Sin embargo...

La estatua no respondió en absoluto.

«Como era de esperar».

Mientras Alon se quedaba parado torpemente mirando la estatua, Sergius, que había estado observando la habitación desde fuera, se agarró la cabeza palpitante.

No por lo que tenía delante, sino por su agotadora agenda reciente.

Los cardenales suelen tener muchas obligaciones.

Pero Sergius tenía aún más.



La razón obvia era Yutia.

Ella no dejaba de asignarle tareas personales y él llevaba días sin descansar.

Por supuesto, Yutia sonreía y le decía: «Si es demasiado difícil, puedes descansar».

Pero ¿cómo iba a descansar?

Era imposible saber si se refería a que podía descansar un rato...

O descansar para siempre.

Para empeorar las cosas, Yutia se había vuelto aún más aterradora últimamente.

Se concentraba profundamente en algo, de repente sonreía como si estuviera de muy buen humor y, luego, con la misma rapidez, fruncía el ceño.

A veces, hinchaba las mejillas con una extraña frustración.

En resumen, para cualquiera que la observara, podría parecer que tenía cambios de humor o incluso un trastorno bipolar.

Sergius siempre se había esforzado por no ofender los estados de ánimo de Yutia.

Pero ahora, más que nunca, sentía que debía andar con mucho cuidado.

En ese momento...

—Suspiro...

Un profundo suspiro provenía de junto a él.

Sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo, Sergius se volvió hacia Yutia.

El rostro de la mujer que había estado tan feliz de conocer a su amado marqués Palatio se había vuelto frío.

Entonces...

Sus ojos rojo sangre brillaron.

«Deberíamos haberlos aplastado desde el principio».

Murmuró algo tan bajo que ni siquiera Sergius, que estaba justo a su lado, pudo entenderlo.

Y entonces...

¡Fwoooosh!

La luz comenzó a fluir desde la estatua dentro de la Cámara del Espíritu Santo.



Últimamente, Hidan había estado viviendo bastante cómodamente.

Todo gracias al regreso de la Gran Luna.

Cuando llegó la noticia de su muerte, fue como si le hubiera caído un rayo.

Sus responsabilidades se habían multiplicado exponencialmente y había sufrido mucho.

Lo que hacía que su relajado estilo de vida actual le resultara aún más agradable en comparación.

Disfrutando de este ocio, se movía un poco más lento de lo habitual y, mientras se dirigía a Rosario para informar sobre una tarea que Yutia le había encomendado, fue testigo de una extraña escena.

Un hombre lagarto y un elfo juntos.

La inesperada pareja hizo que Hidan soltara un pequeño grito ahogado.

¿No eran antes tan hostiles que prácticamente se mordían nada más verse?

Pero incluso entonces, Hidan no tenía ni idea.

De que estaba a punto de presenciar una situación aún más extraña.



«Te he dicho que me sueltes...».

Miró hacia abajo al oír el alboroto.

Abajo, vio un rostro familiar y a un hombre.

Dos de ellos.

Uno con ojos dorados y el otro con pupilas invertidas.

Antes de que pudiera preguntarse por qué estaban allí...

—Suéltame.

—Suéltame tú.

—Te he dicho que me sueltes, ¿no?

—Tú primero.

La escena que tenía ante sí dejó a Hidan con la boca abierta.

Se agarraban del pelo, con las frentes juntas, mientras gruñían y se lanzaban maldiciones el uno al otro...

«¿Quieres que te arranque todo el pelo?».



«Te arrancaré cada uno de los pelos de la cola».

Aunque de sus cuerpos irradiaba una abrumadora intención asesina, su comportamiento parecía francamente vergonzoso, por lo que Hidan renunció a intentar comprender la situación y se limitó a mirar boquiabierto en silencio, sorprendido.